

El rol de los intelectuales

En la construcción de la nación peruana



Osmar
Gonzales

Serie de Charlas:
"Perú: problema y posibilidad"



**FONDO
EDITORIAL**

Centro de Altos Estudios Nacionales
ESCUELA DE POSGRADO

EL **ROL** DE LOS
INTELECTUALES
EN LA **CONSTRUCCIÓN**
DE LA **NACIÓN**

Osmar
Gonzales



**FONDO
EDITORIAL**

Centro de Altos Estudios Nacionales
ESCUELA DE POSGRADO

El rol de los intelectuales en la construcción de la nación peruana

Cuadernos de Investigación

Ciclo de charlas “Perú: problema y posibilidad”

© Osmar Gonzales Alvarado

© Fondo Editorial del Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN-EPG). Av. Escuela Militar s/n (ex Alfonso Ugarte) con Av. Chorrillos, Lima, Perú. www.caen.edu.pe

Publicación virtual a cargo de la Dirección de Investigación Académica

Edición a cargo de Gustavo Pastor

Edición virtual y diseño a cargo de César Miranda

Prohibida la reproducción de este texto por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Publicación virtual, Primera edición.

Lima, Perú, septiembre de 2016.

**“Las ideas se
exponen
no se imponen”**

*General de División José del Carmen Marín
(1899 - 1980)*

Nota del Editor

Este texto registra la conferencia magistral del 17 de agosto de 2016, en la que el doctor Osmar Gonzales Alvarado inauguró el ciclo de charlas Perú: problema y posibilidad del CAEN que busca motivar el debate sobre aspectos de nuestra realidad nacional, invitando a los mejores especialistas nacionales y extranjeros a exponer sobre un tema de su dominio. Estas charlas son abiertas al público en general, de manera que cualquier persona puede venir escuchar y dialogar con estos destacados investigadores.

Osmar Gonzales compartió algunas de sus ideas ante un público compuesto por personas que acudieron desde diversas universidades, o por aquellos inscritos en los distintos programas académicos del Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN). Gonzales Alvarado, un intelectual peruano reconocido por sus trabajos a nivel internacional, es doctor en Ciencias Sociales, sociólogo de intelectuales, y autor de una veintena de libros entre los que destacan *Los arielistas* y *el pensamiento político peruano*

(1996), *Pensar América latina. Hacia una sociología de los intelectuales latinoamericanos* (2002), *La Academia y el ágora. En torno a intelectuales y política* (2010), *Ideas, Intelectuales y debates en el Perú* (2011), entre muchos otros.

Desde una visión sociológica, Osmar Gonzales reflexiona sobre la necesidad de estudiar en profundidad las ideas, los debates y las evoluciones de los intelectuales que forjaron nuestra historia republicana. Los intelectuales, en tanto actores que cumplen una función social específica, se encargan de confeccionar ideas, discursos, genealogías e interpretaciones que permiten encontrar razones para continuar viviendo en sociedad dentro del Estado-nación peruano. En ese sentido, los hombres de ideas han sido subvalorados en comparación a su enorme contribución en el trabajo de la construcción imaginada de la nación, pues no son otros actores sociales como los empresarios, políticos o deportistas los encargados de elaborar los discursos científicos. Gonzales Alvarado llama la atención además sobre las estrechas influencias y desavenencias que siempre existieron entre intelectuales y políticos peruanos.

Dotado de un manejo notable de nuestra historia intelectual y de una ágil argumentación, la exposición de Gonzales Alvarado explora elementos medulares de nuestra historia, explicándonos las principales controversias en tiempos de la Independencia, de la era del guano, de la posguerra con Chile, de las tres primeras décadas del siglo XX, de los años setentas, noventas, llegando hasta nuestros días. El hilo conductor de su argumentación se focaliza en los grandes debates que animaron los intelectuales en torno a la construcción de la nación, la integración de la población in-

dígena, el control del territorio, la educación, la forma de gobierno, la consolidación del Estado, la identidad nacional, el modelo económico, etc. En su exposición nos recuerda las huellas que dejaron en la historia personajes como Túpac Amaru, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Hipólito Unanue, Francisco de Paula González Vigil, Manuel González Prada, Mariano H. Cornejo, Víctor Andrés Belaúnde, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, Jorge Basadre, Raúl Porras Barnechea, Alberto Flores Galindo, José Matos Mar, Carlos Iván Degregori, Hernando de Soto, Mario Vargas Llosa, entre muchos otros. Todos estos intelectuales discutieron sobre la necesidad de continuar interpretando la realidad nacional, modernizando la sociedad y construyendo la nación.

Sabiendo lo importante que son estos temas en la trayectoria intelectual de Osmar Gonzales, es grato para el CAEN, institución preocupada en incentivar la reflexión sobre los temas de gran importancia nacional, difundir las enseñanzas de este ilustre académico, esperando que puedan ser valiosas lecciones para las futuras generaciones de líderes y constructores de nuestra comunidad nacional.

Gustavo PASTOR

Investigador Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN)

Chorrillos, Lima, 2016.

Dr. Osmar Gonzales Alvarado

*El rol de los intelectuales en la
construcción de la nación peruana*

Antes de iniciar esta conferencia, deseo agradecer al Director del Centro de Altos Estudios Nacionales, el General Walter Astudillo, y en especial a Gustavo Pastor, estudioso del indigenismo en el Perú, por esta oportunidad que me brindan para exponer acerca de los intelectuales y su papel en la formación de la vida nacional.

Previamente, considero necesario aludir someramente al papel de los intelectuales. Estos son los encargados de producir ideas y debates sobre ellas. Son los que tienen la función social de dar sentido a la vida colectiva, de producir explicaciones, de formular siempre nuevas preguntas con un espíritu de permanente búsqueda de la verdad y de insatisfacción con lo aparentemente inevitable y con las explicaciones predominantes.

También tienen un papel fundamental en construir narraciones de la comunidad imaginada, que es la nación, y ofrecer razones tanto para mantener la vida colectiva, como sobre quiénes la integran y cuál es su lugar en el mundo. Inevitablemente, el intelectual, que opera en el ámbito de las ideas, siempre busca influir o participar en la política, tratando de que sus prescripciones, diagnósticos y propuestas sean materializados por medio de las decisiones del poder.

De esta manera, es falsa la dicotomía entre el intelectual y el político, o mejor, entre lo intelectual y lo político. Cuando más cercanas estén ambas esferas, se interrelacionen e influyan mutuamente, más provechoso será para ambas. Esto no implica, no debe implicar al menos, la subordinación de una sobre otra. Ambas funciones, la intelectual y la política, son relevantes para la vida social en su conjunto.

Sobre estas premisas quiero desarrollar mi exposición acerca del papel que los intelectuales han cumplido en la formación de nuestra nación desde la fundación de la República, hace ya casi 200 años, proceso que sigue y seguirá inacabado por razones propias de la vida social y de la historia. Relaciono brevemente los contextos, las ideas y los tipos o figuras de intelectuales que van emergiendo de acuerdo a los problemas que afronta la vida social. Evidentemente, seré esquemático, tanto por el largo periodo que abordo como por la complejidad del tema que nos convoca.

Los intelectuales en los albores de la Independencia

Como sabemos, desde el inicio de la República está presente la huella de los intelectuales en la vida nacional. Los momentos previos a la lucha emancipadora estuvieron caracterizados por una pregunta central, ¿qué somos? Entonces surge un interesante momento doctrinario y de reflexión, precisamente en una época de crisis de la dominación colonial que se conjuga con un germinal descontento de diferentes sectores de la vida peruana.

No olvidemos el levantamiento fundamental de Túpac Amaru II (1781), quien por medio de sus edictos definía a todos cuantos debían ser considerados en el cuerpo de la nación: indígenas, negros, criollos; y para legitimar el carácter de su lucha se remitía a su referente intelectual más importante y cercano, *Los Comentarios reales de los Incas*, del Inca Garcilaso de la Vega.

Luego de algunos años de su derrota aparece la famosa *Carta a los españoles americanos*, en 1799, de Juan Pablo Viscardo y Guzmán (quien desde el exilio, en plena insurrección tupacamarista

había apoyado la sublevación ante el Cónsul inglés en Livorno John Udny). En dicha *Carta*, Viscardo plantea por primera vez en la historia de las colonias hispanoamericanas la urgencia de la separación de la metrópoli española, sustentando la necesidad de que los criollos asumieran el control del gobierno en nuestras tierras.

Hay aquí dos intentos por definir la nacionalidad, el de Túpac Amaru y el de Viscardo y Guzmán. El primero sería derrotado por las fuerzas realistas, el segundo retomaría vida en plena lucha independentista.

En efecto, la formulación del doctrinario Viscardo se interrelacionaría con los planteamientos iniciales de quienes integraron la revista *Mercurio Peruano* (1791-1795) de la Real Sociedad Amantes del País. En esta publicación participaron destacados pensadores como el censor José Baquijano y Carrillo y el sabio Hipólito Unanue.

Dos aspectos quiero destacar de los mercuristas. Primero, lo que Luis Alberto Sánchez denominó “patriotismo geográfico”. Es verdad, estos pensadores se impusieron de alguna manera la necesidad de conocer el territorio y lo que se encontrara en él (población, riquezas naturales, restos arqueológicos), de descubrir el paisaje, analizar el clima y su influencia, etcétera.

Y esto nos lleva al segundo punto. Para definir la nación en el presente era necesario proveerse de un pasado, de una tradición, de una continuidad histórica, que es lo que los mercuristas encuentran en los Incas. De esta manera, hay un intento explícito y consciente de unir la historia con el presente, un esfuerzo por

dotar de una continuidad temporal a lo que ellos entendían eran elementos que constituían la vida colectiva.

Obviamente, las reflexiones de estos intelectuales no pueden desgajarse de su procedencia social. Son miembros de las élites, con apellidos de prosapia, criollos con anclajes familiares en España. Por esta razón su “Idea general del Perú”, como se denominó el primer editorial del *Mercurio*, es la de los criollos privilegiados, que solo discursivamente albergaba a otros sectores sociales y culturales, pero que políticamente se sentían como los únicos legitimados para ejercer el poder.

No obstante, sus planteamientos constituyeron un antecedente para ir definiendo a la nación peruana, no solo desde el Estado, sino también, y sobre todo, desde las élites privilegiadas. Pero al mismo tiempo echó las semillas para un conflicto que aún no se resuelve. ¿Integrar es también compartir el poder?

Debates en torno a la Independencia

El estallido de la guerra por la Independencia puso en el debate otra pregunta central: ¿qué tipo de gobierno queremos?

El hecho de que el Ejército del sur primero, y del norte después, hayan tenido un papel central en la expulsión de los realistas con batallas definitivas desplegadas en nuestro suelo ha generado, considero, cierto sentimiento de inferioridad. ¿Nosotros solos hubiéramos alcanzado la Independencia?, esta ¿fue conquistada o concedida? Además, se debe subrayar el hecho de que fuimos los últimos en liberarnos de la metrópoli porque el Virreynato

del Perú era el centro del poder colonial en Sudamérica y por ello se asentó el colonialismo hasta los últimos momentos: el Virrey Abascal se convirtió en el símbolo del llamado fidelismo.

Pero hay que tener en cuenta que fuimos los últimos porque empezamos primero, aunque suene paradójico. No hay que olvidar que las secuelas ocasionadas por la sublevación tupacamarista fueron de gran trascendencia y el temor en las élites coloniales se tradujo en un mayor control para prevenir nuevas insurrecciones.

Considero que este carácter contradictorio fue una de las causas para que en la nueva República se desplegara un debate sobre qué forma de gobierno se debería asumir. El Libertador don José de San Martín y su asesor, Bernardo Monteagudo, propusieron la idea de una monarquía constitucional. Es decir, una ruptura a medias con el pasado colonial. Para algunos se trató de una postura más acorde con la realidad, para otros, una claudicación retrógrada. Entre los opositores estaban los liberales formados básicamente en el Real Convictorio de San Carlos, regido por Toribio Rodríguez de Mendoza. Muchos alumnos de este serían luego próceres de la Independencia como José Faustino Sánchez Carrión, Manuel Lorenzo Vidaurre y Encalada o Francisco Javier Mariátegui, por ejemplo. Su postura era radical: romper definitivamente con cualquier dependencia de otro país. En reiteradas oportunidades sostuvieron que los peruanos podíamos gobernar nos sin ayuda de nadie.

Este grupo liberal, altamente ideológico y doctrinario, fue el que tomó el poder durante el Congreso Constituyente de 1822, luego del fracaso de José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete en

la guerra de intermedios y de la revitalización realista. Por primera vez, y tempranamente, los intelectuales controlaron el poder en el Perú. Al verbo podían unir la acción. Pero rápidamente las cosas oscurecieron su color. La arremetida española fue muy fuerte y los congresistas debieron llamar a Simón Bolívar, quien estableció la llamada Dictadura vitalicia.

Es curioso. El sociólogo estadounidense, Lewis A. Coser, señala algo que parece ser una constante histórica moderna: cuando los intelectuales toman el poder, luego de un momento optimista de fundación, adviene el desgobierno y termina en dictadura. Así, menciona los casos de los jacobinos que luego de la guillotina produjeron a Napoleón Bonaparte; igualmente a los bolcheviques, que también quisieron refundar todo, y después de una lucha durísima –con purgas incluidas– terminan dando lugar a Stalin.

Guardando las diferencias, los radicales liberales de 1822 en el Perú, después de comprobada su impericia para gobernar devinieron en ceder el paso al dictador Bolívar. Surge entonces una pregunta ¿los intelectuales son incapaces de gobernar luego de procesos de conclusión violenta de un orden anterior?, es decir, ¿luego de revoluciones? Habría que tomar más procesos para comparar y llegar a conclusiones más certeras. Por lo pronto, dejo planteada la pregunta solamente.

La Guerra de Independencia y la proclamación de la República produjeron optimismo, es cierto, pero también incertidumbre. Una línea de continuidad entre el pasado colonial y la nueva República la ofrece Hipólito Unanue, prototipo del intelectual asesor del poder, quien se propuso establecer el equilibrio político.

En efecto, Unanue fue legitimador tanto de los últimos virreyes como de los libertadores San Martín y Bolívar. Su figura de sabio reconocido la puso a disposición de los gobiernos y de quienes ejercían el poder.

Sin entrar en valoraciones de otro tipo solo deseo enfatizar que Unanue sería tempranamente el intelectual fundador de un tipo de representación del sujeto de ideas: el del conocimiento detrás del trono. En este sentido, sus reflexiones sobre la democracia fueron interesantes en su momento, pues tiene planteamientos que se pueden decir que desembocan en una democracia subversiva, en la medida que plantea desterrar los vicios que habían caracterizado al régimen anterior.

Sin embargo, a pesar de la continuidad que representó, Unanue fue casi una voz solitaria y ciertas preguntas quedaron suspendidas en el aire: ¿cómo ejercer el gobierno en una etapa histórica distinta?, ¿cómo dar forma al nuevo Estado? y ¿quiénes encarnaban y pertenecían a la nación? Ello implicaba dar forma al ejercicio del poder, en donde la democracia todavía no era un asunto primordial, y al mismo tiempo delimitar un territorio y conceptualizar una población, compuesta precisamente por aquellos que serían parte de la comunidad imaginada.

La afirmación del Estado central chocaba con la existencia de numerosos poderes locales, que darían paso luego al denominado feudalismo andino. Las instituciones heredadas de la colonia ya no podían ser funcionales en la República, lo que implicaba crear otras nuevas; el autoritarismo terminaba siendo la opción más recurrida para combatir a los enemigos supérstites de la na-

ciente República, más aun si no existían instituciones. Un ejemplo temprano de crítica a la administración colonial heredada por la República fue el libro de Vidaurre y Encalada denominado *Plan del Perú*, escrito en Filadelfia en 1823.

En un contexto general de ausencia de reglas e instituciones que organizaran la lucha política, el ejército cobraría especial relevancia para resolver conflictos. Se vuelve en la institución de la República. Ideológicamente, los padres fundadores pensaron que el liberalismo sería el pensamiento extendido de la nación, pero como ocurriría en diferentes momentos de nuestra historia, el pensamiento existiría sin anclaje a una clase, o fracción de esta, que hiciera realidad sus postulados; en otras palabras, había más liberalismo que liberales, y a diferencia de otros países como Estados Unidos, Francia o Inglaterra, la burguesía estaba muy lejos de ser la clase directriz del nuevo país.

La República nació bajo los conflictos entre facciones de caudillos militares. No incubó la democracia sino el militarismo. Y este trajo inestabilidad política. Cada caudillo organizaba su propio Estado, aunque sea por tiempo corto, hasta que lo destronara otro caudillo que muchas veces había sido su aliado en un tiempo anterior.

Los vaivenes intelectuales del siglo XIX

El siglo XIX sería prolífico en lo que Jorge Basadre llamó censores y válidos, es decir, los cuestionadores (especialmente legisladores) y los legitimadores (básicamente periodistas) de quienes ejercían el poder. Pero hay una figura excepcional que emerge como acusador del poder –directamente de Agustín Gamarra–,

desde su escaño de congresista y defendiendo la constitucionalidad. Me refiero a Francisco de Paula González Vigil, liberal puro y clérigo de altas condiciones morales.

En su discurso de 1832, “Yo acuso”, defiende el respeto a la Constitución, antecediendo al escritor francés Emile Zola, en el famoso caso Dreyfus a fines del siglo XIX. Con Vigil, el intelectual se ubica como el representante y defensor de la conciencia cívica y de los valores republicanos. Por su talla como pensador, Vigil sería nombrado Director de la Biblioteca Nacional.

Pero por más esfuerzos de intelectuales como Vigil, el Perú siguió viviendo en la anarquía ocasionada por los enfrentamientos militares. La democracia no fue un tema central en el momento de pensar cómo organizar el gobierno, y por el contrario los golpes de Estado se sucedieron continuamente. Aunque ello no niega que hubiera momentos de modernización del Estado.

Los gobiernos de Ramón Castilla (1855-1862) constituyeron uno de esos momentos: declaró la manumisión de los esclavos negros, decretó la ley de la libertad de prensa, abolió el tributo indígena, fundó el servicio diplomático, entre otras medidas. El optimismo nacional cobraba vigor. Ya había empezado la explotación guanera que sustentaría los gastos fiscales y daría origen a muchas fortunas familiares. En su etapa liberal, Castilla se rodeó de intelectuales como Felipe Pardo y Aliaga, José Gregorio Paz Soldán, Juan García del Río, y especialmente José Gálvez. En su momento conservador, su principal influencia fue la del clérigo Bartolomé Herrera. Curiosamente, Gálvez y Herrera protagonizarían una de las polémicas ideológicas más importante de la historia peruana.

Durante la Dictadura de Mariano Ignacio Prado (1865-1867), se constituyó el llamado Gabinete de talentos, conformado por intelectuales de la talla de Toribio Pacheco, Manuel Pardo, José María Químper, José Simeón Tejeda, José Gálvez. De manera nítida, con estos nombres los intelectuales devienen funcionarios. Una nueva forma de ejercer la influencia intelectual en el poder, y colectivamente, no por presencias individuales destacadas; las ideas como complemento de las decisiones de Estado, y este como posibilidad de hacer realidad los planteamientos. La batalla del 2 mayo de 1866 fue un momento de unión nacional a lo que se sumó el optimismo por la prosperidad, que Basadre denominó falaz, basada en el comercio guanero.

Manuel Pardo y los integrantes de la *Revista de Lima* (1860), como José Casimiro Ulloa, Francisco García Calderón Landa, y otros, plasmaron en sus páginas la idea de un Perú integrado por la acción de los ferrocarriles y con capacidad de explotar sus riquezas, agrícolas y mineras, presentes en diferentes partes del país. Se trató de una mirada desde la costa y desde arriba. Como sabemos, el boom guanero se disiparía por ausencia de una clase dirigente que estratégicamente quisiera llevar al país por el camino del desarrollo, y también por los escándalos productos de la corrupción.

El núcleo de la *Revista de Lima* fundaría el Partido Civil en 1871, expresión política de la burguesía que había surgido durante el auge del comercio del guano. De esta manera, intentó ampliar su dominio económico hacia el terreno político. La elección de Pardo como Presidente del Perú permitió dar fin al militarismo surgido desde los tiempos de la lucha por la Independencia e ini-

cios de la República. El civilismo se convertiría con el tiempo en el partido más importante de la vida política peruana hasta fines de los años 20. Se trató además de un partido programático, con una visión del desarrollo del país, producto de la atracción que pudo ejercer sobre diversos intelectuales de su momento, como Toribio Pacheco, Carlos Lisson, Simeón Tejeda, Fernando Casós, Luis Felipe Villarán, Francisco García Calderón y otros.

Como se sabe, muchas familias –después conocidas como miembros de las élites oligárquicas–, tendrían su origen en el comercio guanero, pero dicho auge también daría lugar a negociados corruptos que perjudicaron el desarrollo del Perú. Entonces emergió la voz firme de un intelectual que denunció sin temor los malos manejos de la creciente riqueza: Mariano Amézaga, conocido como “El santo hereje”. Este intelectual jacobino, consciencia crítica de la nación, puede ser descrito como un tábano, pues constantemente dirigía su voz y su pluma para fustigar a las élites gobernantes.

La oportunidad perdida que representó el auge del guano concluyó trágicamente en la Guerra con Chile. Esta expuso todas nuestras deficiencias. No éramos una nación, buena parte de las élites respondían a intereses particulares y no a los de la colectividad nacional; sectores enormes de la población, especialmente indígenas y en menor medida afrodescendientes y de origen asiático, no eran considerados ciudadanos ni menos compatriotas. Con un Estado frágil, un territorio desarticulado y una población sin consciencia de ser partes integrantes de una comunidad nacional, la catástrofe de la derrota era prácticamente inevitable, lo cual obligó a repensarlo todo, pero antes era necesaria la catarsis.

Es cuando aparece el verbo flamígero de Manuel González Prada para ejercer la denuncia global del fracaso de la República. Heredero del espíritu de Vigil y Amézcaga, González Prada –expresión diáfana del intelectual disidente– invertiría la dirección de la flecha de las responsabilidades. Mientras, por ejemplo, su adversario, Ricardo Palma, responsabilizaba a los indios de la derrota por su falta de consciencia e identidad nacional, González Prada acusaba a las élites oligárquicas por el desastre y la inexistencia de la nación, proviniendo él, curiosamente, de familias enraizadas en lo más selecto de la vida colonial. Al mismo tiempo, reubicaría radicalmente el lugar desde donde se miraría la construcción de la nación: ya no desde arriba, sino desde los pobres y marginados. Su prédica buscó a los sujetos que nos salvarían de las ruinas en los honestos como Miguel Grau, los intelectuales portadores del conocimiento científico, los obreros y los indígenas.

Se le ha criticado a González Prada el no haber propuesto un programa constructivo y que se dedicó solo a comprobar el estado de crisis, pero ¿estaba en condiciones de hacerlo en ese momento histórico? Me parece que no, por el contrario, cumplió el papel que su época demandaba: despertar consciencia de nuestros males. Además, su constatación de la quiebra nacional sembraría las semillas del pensamiento radical que florecería pocos años después.

La post-guerra de 1879 expondría sin tapujos la centralidad de lo que se llamaría el problema indígena, que en sentido estricto era el problema de los gobernantes por no haber tenido interés en integrar al habitante andino al cuerpo de la nación. Desde ese momento, el tema indígena coparía todas las reflexiones de nuestros pensadores, que sabían que su resolución era la base para dar forma a la nacionalidad.

Luego de la guerra civil entre Miguel Iglesias y Andrés A. Cáceres, y el triunfo de este último se instauró el gobierno de la Reconstrucción Nacional. El Héroe de La Breña atrajo también a intelectuales como Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner, quienes ofrecen una lectura del país desde las mujeres, los obreros y los indígenas, e introducen temas fundamentales como la lectura y la educación. Definitivamente, son pioneras en las letras y el pensamiento nacionales. Por primera vez en el Perú, las mujeres ejercen el papel de ideólogas.

Curiosamente, después de la debacle emergería uno de los momentos más lúcidos de nuestra vida nacional. Concluida la guerra civil en 1895 con el triunfo de la Coalición Nacional (alianza entre civilistas y demócratas dirigida por Nicolás de Piérola) que derrocó a Cáceres, se establecería el tiempo de oro de la oligarquía peruana (1895-1919). El gobierno pierolista sería fundador de esta época aprovechando el crecimiento del comercio internacional e impulsando la agro-exportación. Este momento optimista también atrajo a intelectuales como Joaquín Capelo, Ricardo Palma, Guillermo E. Billinghurst, Luis Fernán Cisneros, Abelardo Gamarra “El Tunante”, Leonidas Yerovi, Alberto Ulloa Cisneros, José María de la Jara, entre muchos más. A partir de entonces se abriría un tiempo feraz en las discusiones ideológicas.

En efecto, en las décadas siguientes se sucederían grupos generacionales de intelectuales que desde diversas posturas ideológicas, políticas, filosóficas y a partir de distintas disciplinas ofrecerían explicaciones sobre la realidad nacional.

Cambio de siglo y nuevos aires intelectuales en el siglo XX

Un primer grupo fue el de los positivistas como Javier Prado, Manuel Vicente Villarán, Joaquín Capelo o Mariano H. Cornejo que criticarían las bases de la organización económica, de la educación, de la institucionalidad política, analizaron las comunidades indígenas y otras áreas de interés. Su afán era modernizador y, en algunos de ellos, mesocrático. Buena parte de sus reflexiones abordaron lo que entendían era el “problema de las razas” (un texto emblemático por sus prejuicios es la tesis de Clemente Palma), y al mismo tiempo proponían propiciar la inmigración de poblaciones europeas, consideradas superiores.

Pero también, por otra parte, los positivistas iniciaron las reflexiones sobre el papel de los indígenas y de los trabajadores en la vida nacional. Igualmente, hay que señalar que algunos de estos intelectuales fueron fundadores, con Capelo, Pedro Zulen y Dora Mayer, de la Asociación Pro-Indígena (1909-1916). Signo evidente de la preocupación que el tema del indio absorbía las energías intelectuales de nuestros pensadores de aquella época.

La vida oligárquica parecía haber encontrado su rumbo a la felicidad, aunque solo en apariencia, pues la existencia de poderes locales, del gamonalismo o del llamado feudalismo andino, impedían la modernización del Estado y la constitución de la vida nacional integrada. Incluso en las mismas élites había fracciones que disputaban entre sí.

En medio de estas contradicciones aparecería el primer populismo peruano representado por Guillermo E. Billinghurst en

1912, quien se enfrentó a todos los poderes constituidos: ejército, oligarquía, Iglesia católica, poderes locales, incluso pretendió cerrar el Parlamento. Uno de sus más brillantes asesores fue Mariano H. Cornejo, positivista y modernizador, pero no necesariamente democrático. Fue un asesor del poder, dentro de una figura de intelectual inaugurada en el Perú por Unanue. Billinghamurst, por el aire nuevo que representaba, pudo atraer a jóvenes intelectuales como Carlos Concha, Luis E. Valcárcel, Abraham Valdelomar. Ya se percibía la inquietud por renovar la vida nacional.

El golpe de Estado de 1914 frustró dicha posibilidad. El balance del fracaso sería expuesto brillantemente por Víctor Andrés Belaúnde en su famoso discurso “La crisis presente”, que su compañero José de la Riva Agüero calificó como la base para fundar el verdadero partido liberal en el Perú.

He mencionado nombres conspicuos de intelectuales pertenecientes a la generación del 900, especialmente del grupo arielista: Riva Agüero y Belaúnde, a los que habría que añadir los de los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, y José Gálvez. Ellos fundaron nuevas interpretaciones de la vida nacional desde la historiografía, la literatura, la historia y uno de ellos, Francisco García Calderón, publicaría en 1907, en París y en idioma francés, la primera interpretación global de nuestro país: *El Perú contemporáneo*. Por su parte, Belaúnde continuaría ese talante con *La realidad nacional*, de 1931 (el mismo año de la aparición del libro de Jorge Basadre, *Perú, problema y posibilidad*) en polémica con Siete ensayos de Mariátegui, de 1928. Años más tarde, Belaúnde propondría una visión filosófica del Perú en su libro *Peruanidad*.

En las dos primeras décadas del siglo XX, Riva Agüero sometería a una profunda revisión conceptual lo heredado tanto en la literatura como en los estudios históricos (*Carácter de la literatura del Perú independiente, La Historia en el Perú*). Ventura García Calderón, por su parte, echaría a andar la publicación de nuestros clásicos literarios sobre los cuales futuros estudiosos podrían evaluar el derrotero cultural del Perú. Y José Gálvez remarcaría la impronta del criollismo para definir nuestra identidad literaria.

Los intelectuales arielistas intentaron reformar la vida nacional, pretendieron hacer vida política, pero las propias élites oligárquicas los boicotearon. De una u otra forma, señalaron que la nacionalidad era aún una deuda, y propusieron asimilar al indígena como fuerza de trabajo y soldado, afirmaron las bondades del mestizaje para el alma nacional y propusieron con matices la necesidad de impulsar la inmigración de razas europeas para “asimilar” al indio. Opuesto a este planteamiento, el filósofo espiritualista, Alejandro O. Deustua consideraba que la raza indígena ya había llegado al fin de su evolución. Los arielistas son expresión de la bella época en nuestro país, que acabó con el ingreso al poder de Augusto B. Leguía en 1919.

El oncenio leguista fue autocrático y modernizador. Además del asfaltado y el crecimiento de la ciudad, se fortalecieron las clases medias, y con ellas los intelectuales, a los que atrajo, como lo demuestran José Santos Chocano, Mariano H. Cornejo, Abraham Valdelomar, entre muchos otros; por otra parte, las clases populares obtendrían mayor protagonismo, y surgirían proyectos políticos radicales. Es el tiempo de un fecundo debate de ideas: sobre lo indígena y el mestizo (Luis Alberto Sánchez vs. José Car-

los Mariátegui), sobre la nacionalidad (Mariátegui vs. Belaúnde), sobre la literatura peruana (José Gálvez, Riva Agüero, Sánchez, el propio Mariátegui), sobre la necesidad de ejercer la revisión histórica (Raúl Porras Barrenechea, Jorge Guillermo Leguía, Jorge Basadre), también sobre las comunidades campesinas (Hildebrando Castro Pozo, Manuel Vicente Villarán, Francisco Tudela y Varela) y la pedagogía (José Antonio Encinas), entre otros temas.

La prensa nacional se colma de intelectuales periodistas desde la post-guerra de 1879. En las páginas de los diarios y revistas aparecen las semillas de ideas futuras como el psicoanálisis (Honorio Delgado). *La Prensa*, *Variedades*, *El Comercio*, *La Crónica*, *Mundial*, *Amauta*, y muchas más publicaciones se convierten en plataformas de reflexiones generales y la palabra escrita muestra un auge inusitado por medio del estilo cuidado de Abraham Valdelomar, Federico More, Leonidas Yerovi, Mariátegui, Luis Fernán Cisneros, Alberto Ulloa. Incluso, aparece el periodismo de divulgación científica con Óscar Miro Quesada (Racso), sin dejar de mencionar el periodismo de combate de los trabajadores anarquistas y las publicaciones de provincias como el famoso Boletín Titikaka de Puno (sin obviar a los núcleos intelectuales formados en Chiclayo, Trujillo, Cusco, Arequipa, Huancayo).

En el tiempo del oncenio también surgirían las propuestas ideológicas de los partidos de masas bajo las figuras de Mariátegui y Haya de la Torre. Para ambos, a fines de los años 20, la refundación de la República y la definitiva constitución de la nación debía originarse en un hecho fundacional radical: la revolución (postura a la que habría que sumar a Luis E. Valcárcel y su mesianismo andinista). Y desde las clases populares, como ya había declarado

el maestro de la Generación de 1921, González Prada. Es otra manera de concebir a la nación, añadiéndole el hecho substancial de la organización política multitudinaria.

Dentro del curso de cuestionamientos inspirado por González Prada, Mariátegui y Haya no dudan en apuntar a las élites oligárquicas como las grandes responsables del fracaso histórico de la nación peruana, y cada uno se yergue como el líder de ese cambio radical que dignificará a los trabajadores, al pueblo, a los obreros y a los indios.

La muerte de Mariátegui en 1930 dejó inconcluso su proyecto socialista, mientras que Haya organizaría el que sería el partido político más importante del siglo XX, el APRA. Y aun cuando en su polémica con Mariátegui lo señalaba a este desdeñosamente como “solo un intelectual”, él mismo proveería de ideas a su práctica política. Si el primero fue un intelectual que ingresó a la política, Haya fue un ideólogo y líder carismático.

En esta polémica célebre se sintetizan algunos de los prejuicios prevalecientes sobre el quehacer y la figura del intelectual: incapaz de decidir y de involucrarse en la acción, pletórico de sueños y romanticismos irrealizables, utópico; en suma, la vida intelectual como subcategoría respecto de la política. Son estigmas de los cuales, observo, el intelectual no se ha podido desprender totalmente.

Caído Leguía en 1930, adviene una etapa sumamente oscura para la vida peruana. Con Luis M. Sánchez Cerro en el poder ingresa el fascismo inspirado en la experiencia italiana. El pre-

sidente sería asesinado en 1933, luego de haber convocado a un Congreso Constituyente cuyos debates –hay que decirlo– serían ejemplares entre comunistas, apristas y socialcristianos en el momento previo a la represión y el exilio. Luis A. Flores aparecería como el intelectual fascista que además formaría una agrupación política, la Unión Revolucionaria. El fascismo ya había capturado el imaginario de otros intelectuales como Riva Agüero, Carlos Miro Quesada, Abelardo Solís (que antes había sido cercano a Mariátegui) y Dora Mayer (que había integrado la dirección de la Pro Indígena).

La Universidad sufrió un cierre fatal –en 1932–, que debilitaría el debate de ideas. Pero es natural, la represión política necesita de la represión de la inteligencia para subsistir. Sánchez Cerro y Óscar R. Benavides coparían la década del 30, dejando profundas heridas en el pensamiento libre y crítico que necesitaría buen tiempo para recuperarse.

Mientras tanto, la sociedad peruana se preparaba para experimentar una gran transformación. Desde mediados de los años 40 en adelante se producirían las migraciones de la sierra a la costa. Primero tímidamente pero, ya en los años 50, bajo Manuel A. Odría (1948-1956), de manera aluvional. Es el tiempo de la segunda post-guerra, de la guerra de Corea y de una relativa modernización de una burguesía industrial que asomaba la cabeza y que necesitaba de mano de obra barata. Se construye el mito de El Dorado: Lima como realización de todos los sueños.

Esto implicaba al mismo tiempo la erosión del mundo andino feudal, el declive de los hacendados de horca y cuchillo, y al mis-

mo tiempo de la emergencia de los campesino-indígenas como un sector social que lucha por sus derechos como ciudadanos.

Es un momento de crecimiento de las clases medias en donde aparecen partidos programáticos como la Democracia Cristiana (Héctor Cornejo Chávez, Ernesto Alayza Grundy, Mario Polar Ugarteche), el Movimiento Social Progresista (Augusto Salazar Bondy, Francisco Moncloa, Alberto Ruiz Eldredge, José Matos Mar) y Acción Popular (Francisco Miro Quesada). En general, buscaban reformas anti-oligárquicas y modernizadoras, fortalecimiento del Estado, acentuar la industrialización y desaparecer el régimen feudal en el campo. Apostaban por una clase dirigente técnica y capacitada, pero sin descuidar las reflexiones generales sobre el ser humano.

La migración debilitó el orden feudal y simultáneamente permitía el encuentro de diferentes culturas y tradiciones en la costa, especialmente en Lima, y, en consecuencia, de la constitución de la nacionalidad. La activa presencia del campesino indígena buscaría ser neutralizada desde el Estado. Odría puso en funcionamiento el Instituto Indigenista Peruano (fundada por Valcárcel y dirigida por José Antonio Encinas), que no fue sino la museificación del habitante andino despojándolo de sus potencialidades de movilización política, lo que sí trataría de recuperar la izquierda. Entonces cobraría fuerza la idea del mestizaje, de la cholificación, como observarían José Varallanos y Aníbal Quijano tempranamente. Pero, al mismo tiempo, se mantuvo la concepción de que la nación pasaba por la revolución para hacerse realidad. Las guerrillas de los años 60 se enraízan con las posturas de los años 20 del aprismo y del socialismo, sus fuentes ideológicas. Javier Heraud,

Héctor Béjar, Luis de la Puente, Manuel Lobatón se internaron en las montañas y en la selva para desde ahí destruir el Estado que no representaba a la verdadera nacionalidad peruana. Fracasaron los intelectuales guerrilleros pero sus ideas se mantuvieron y hasta se podría decir que adquirieron más fuerza en la década siguiente cuando se volvieron políticas de Estado bajo el velasquismo.

El intelectual que encarna estas transformaciones sería José María Arguedas. Recordemos que en los años 30 había publicado algunos cuentos, como *Agua*, de carácter netamente indigenista, pero muere en 1969 luego de ensayar una nueva lectura del país, que plasmaría en su novela publicada póstumamente, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Posteriormente, la influencia de la migración sería analizada por numerosos intelectuales como José Matos Mar, Jürgen Golte, Norma Adams, Carlos Iván Degregori, José Guillermo Nugent, y un largo etcétera. Todos ellos parten de la premisa que la verdadera nación se constituye desde las clases populares.

Es una época en la que prevalecen dos cuestiones: la necesidad de una reforma agraria y la de un impulso industrializador que impidiera a nuestra economía ser dependiente de economías extranjeras. Y ambos temas tenían antecedentes en los debates.

Sobre la reforma agraria no solo hay que traer a la memoria las ideas de Mariátegui, Haya y Solís, sino también las de Víctor Andrés Belaúnde, hoy casi olvidado. Mientras los primeros eran parte de un proyecto radical, Belaúnde pretendió convencer a las élites de la necesidad de reformas. En los años 50, Pedro Beltrán y *La Prensa* también llamaron la atención sobre la necesidad de

reestructurar el agro; igualmente Fernando Belaúnde Terry en su primer gobierno. Es decir, ya existía consciencia de que el panorama agrario debía ser totalmente transformado.

Y sobre la industrialización hay una tradición de larga data desoída y soterrada. Un caso importante fue Billinghamst quien a fines del siglo XIX señalaba que no debíamos depender de Gran Bretaña, pues nosotros mismos podíamos producir lo que necesitábamos. Belaúnde mismo abogaba por una burguesía nacional para combatir, decía él y sus compañeros arielistas, el vasallaje económico. Finalmente, Haya en *El antimperialismo y el APRA*, era enfático en su convicción de impulsar la industria nacional desde el Estado. Ambas demandas, reforma agraria y desarrollo industrial, se llevaron a cabo durante el reformismo militar del velasquismo (1968-1975), aunque no cumplieron plenamente sus objetivos.

El velasquismo constituyó un momento muy importante en la historia peruana. Significó un quiebre, el fin de una época y el inicio de otra. Ello se expresó en parte por la seducción que ejerció sobre una buena parte de la intelectualidad, especialmente reformista, procedentes de diversas tradiciones ideológicas y adscripciones políticas. El principal ideólogo fue Carlos Delgado, quien provenía del aprismo; a él se sumaron Carlos Franco, Hugo Neira, Héctor Béjar, Cornejo Chávez, Salazar Bondy entre muchos otros. En buena medida, y aun con sus divergencias, contribuyeron a hacer sentido común la necesidad de reformas y de acabar con el viejo régimen oligárquico

La reforma agraria –y la inmigración a Lima ya en marcha–

permitió la ciudadanía de los campesinos en la medida que se liberaron de las condiciones de servidumbre, mientras que la política para el desarrollo industrial dignificó al trabajador. Socialmente significaron una importante democratización, pero en materia económica ambas fueron un fracaso. Aun así, el velasquismo abrió un nuevo momento en el debate de ideas en el Perú. Se discutieron problemas básicos como los siguientes: ¿la República ha cumplido con la promesa de constituir una nación?, ¿quiénes la conforman?, ¿qué función debe cumplir en la conciencia nacional la relectura de la historia?

Los intelectuales contemporáneos

Durante el velasquismo se celebraron los 150 años de la Independencia nacional, y fue un momento propicio para debatir sobre si la Independencia fue conquistada o concedida. Los intelectuales de izquierda afirmaban que fue concedida (especialmente historiadores como Heraclio Bonilla), consideraban que aún no éramos una nación y que esta se materializaría por medio de la revolución, como se afirmaba a finales de los años 20. Los intelectuales conservadores, por su parte, sostenían que había valores heredados e inmodificables que le daban una personalidad indeleble a la nacionalidad.

Por otra parte, la liquidación de la oligarquía abría nuevos horizontes para la burguesía modernizadora peruana. Lo curioso es que ni una ni otra, es decir, ni la izquierda ni la burguesía, fueron capaces de reconocer los nuevos cauces que en su propio provecho había abierto el velasquismo. Hoy en día la izquierda ha tomado una distancia crítica con respecto a su oposición sin

matices al reformismo militar, mientras que la derecha sigue en estado de negación.

Más allá del fin del velasquismo, quedó en el terreno del debate de ideas el tema de la llamada cuestión nacional, que coparía toda la década de los 80 pero básicamente entre los pensadores de izquierda. Los intelectuales conservadores se inhibieron de participar en el debate público sobre este tema, y se aferraron a valores que en verdad ya estaban anquilosados.

Los intelectuales de la izquierda revolucionaria aceptaron la democracia en 1980 a regañadientes, y con carácter de provisional. Sin embargo, la irrupción de Sendero Luminoso cuestionó sus certezas. La vesania de las acciones del senderismo y su dogmatismo produjeron un conflicto armado con el ejército que destruyó miles de vidas. ¿Era la revolución la única vía para la construcción de la nación?, ¿qué lugar debía ocupar el marxismo en la interpretación de la realidad? Se produjo entonces un profundo debate al interior de Izquierda Unida (1980).

Dentro de ella apareció un grupo de intelectuales orgánicos denominados zorros por su revista *El Zorro de Abajo* (1985-1987) que se colocaron en la vanguardia del pensamiento socialista en el Perú (Carlos Iván Degregori, Rolando Ames, Sinesio López, Jorge Nieto, Nicolás Lynch). Paulatinamente, aceptaron a la democracia como sistema político e incorporaron nuevas vertientes y tradiciones a su pensamiento, especialmente el liberalismo ideológico, tratando de producir una nueva interpretación de la realidad peruana y, de pocos, abandonar el marxismo inicial.

La ruptura de IU fue fundamental para que tal proyecto naufragara. Como intelectuales orgánicos requerían del sujeto político. Al frente de los zorros, y siempre dentro de la izquierda, miembros del grupo Márgenes (científicos sociales como Alberto Flores Galindo, Nelson Manrique, Gonzalo Portocarrero, Gustavo Buntinx) sostenían la necesidad de la revolución, quedando atrapados entre la no aceptación de la democracia y una postura frente a Sendero Luminoso ambigua. Es aquí cuando aparece el libro del historiador Flores Galindo *Buscando un Inca* en donde vincula el mito y la revolución para interpretar la historia peruana. Surge entonces el llamado neo-indigenismo, de poco tiempo de vigencia.

Asimismo, el fracaso de IU se conjugó con el desastre del gobierno aprista y ambos hechos abrieron grietas para la aparición del pensamiento liberal que anteriormente había pasado desapercibido. Con Hernando de Soto (experto ideólogo) y Mario Vargas Llosa (escritor ideólogo) la derecha obtenía prestigio político e ideológico. De Soto, apoyado en literatura de izquierda, dio forma ideológica a un sujeto, el informal, como base de una supuesta revolución económica que acabaría con el mercantilismo del Estado y con una burguesía rentista. De manera muy inteligente, De Soto conceptualiza una operación inédita hasta entonces en la derecha: mantener la idea de la construcción de la nación desde arriba pero apelando a un sujeto popular. Con él nace la idea de una derecha popular que en la actualidad el fujimorismo busca encarnar políticamente.

Posteriormente, ya en la actualidad, el informal adquiriría rostro de emprendedor, elogiado por el liberalismo. Y he aquí algo curioso. El emprendedor no hubiera sido posible sin las reformas

velasquistas, a las que la derecha liberal rechaza. Paradójicamente, los liberales se apropian de las consecuencias del velasquismo pero denostan al velasquismo mismo.

Los años 90, los del fujimorismo, significaron el apartamiento de los intelectuales de las esferas del poder. Fue el tiempo de los tecnócratas. Los intelectuales, fundamentalmente de izquierda, anclaron en ONG y en el periodismo, y desde ahí ejercieron su papel, siempre de oposición a un régimen autoritario y, como ya sabemos, también corrupto.

Los debates que se produjeron fueron de carácter marcadamente político, abundando libros sobre el autoritarismo o la dictadura del fujimorismo (Martín Tanaka, Nicolás Lynch), sobre la anti-política (Degregori), la democracia (Carlos Franco). La preocupación central giró sobre la existencia de condiciones para que el fujimorismo pudiera ser derrumbado, lo que finalmente ocurriría en el año 2001, no por la acción de las masas sino por un vídeo (los llamados vladivideos).

Por otra parte, mientras tecnócratas liberales participaban en instancias diversas del gobierno, intelectuales liberales criticaban que las libertades civiles fueran sometidas por el poder político aunque apoyaban la política económica. Es decir, reclamaban democracia dentro del modelo económico vigente (Miguel de Althaus, por ejemplo). Otros, legitiman el modelo pero critican la cultura que produce (Vargas Llosa).

La vuelta de la democracia permitió el regreso del intelectual a las instancias del poder político y a una presencia mayor en los

medios de comunicación (además de en las redes sociales). Sin embargo, las instituciones de reproducción de los intelectuales quedaron profundamente debilitadas cuando no corrompidas. Pienso especialmente en las universidades-negocio. El ámbito fundamental para la generación de ideas y debates ha sido reducido y debilitado de manera muy grave. Los medios de comunicación han ocupado de forma distorsionada ese espacio. Tenemos entonces intelectuales sin política, y política sin ideas.

No obstante, como se dice ahora, existen temas en agenda, que se han colocado de cierta manera en la consciencia pública. Ahora se concibe a la nación integrada por ciudadanos –no por clases sociales– como base de la democracia. Ello ha supuesto la defensa de los Derechos Humanos, del desarrollo sustentable, del medio ambiente, la defensa de todo tipo de minorías. En general, el tema de las relaciones de poder es relegado de los debates y adquiere relevancia la discusión sobre el régimen político: democracia o autoritarismo. La cuestión nacional es un problema que ya no es parte de las principales preocupaciones en los debates. El ideólogo ha desaparecido del panorama y ahora prevalecen los llamados líderes de opinión.

A modo de conclusión

En el trayecto seguido hemos podido conocer diferentes tipos de intelectuales presentando, muy someramente, sus respectivos contextos y debates. Los sujetos de ideas siempre han contribuido a forjar cierta imagen, crítica o aquiescente, de la nacionalidad; sea desde las élites o pronunciándose en nombre del pueblo; sea desde el Estado o desde la sociedad civil; apostando a la política

o erigiéndose como la conciencia crítica de la nación; desde las esferas propias de las decisiones políticas o al margen de ellas. Los intelectuales no solo han registrado el estado de la cuestión, sino también han propiciado rumbos y toma de decisiones; así como han generado genealogías y narraciones que se han enfrentado entre sí; y al mismo tiempo han definido adversarios y aliados, herederos y traidores, así como momentos fundadores.

Sin embargo, se debe llamar la atención en que no ha constituido una sola narración y una sola ideología sobre la nación peruana. De manera muy gruesa, sostengo que se produjeron dos explicaciones que con variantes e incluso contradicciones tratan de dar cuenta de los caminos de la nación peruana. La primera, es la que nace desde los tiempos de los mercuristas a fines del siglo XVIII.

Esta vertiente sostiene que la nación se debe formar desde arriba, desde el Estado y, más aun, desde las élites privilegiadas. Supuestamente por poseer cualidades y condiciones particulares (conocimiento, riqueza, poder y otras) la nación peruana se constituiría a imagen y semejanza de esas élites. Este discurso nació con el iluminismo, se fortaleció con el racismo científico y el positivismo y después se cobijó en posiciones autoritarias como el fascismo. Solo desde fines del siglo XX proyecta una idea de nación incorporando a los sujetos populares, pero con una bifurcación: por un lado, los que sostienen que es inevitable y hasta necesario un gobierno fuerte y autoritario; y por otro lado, aquellos que valoran el régimen político democrático. Es decir, aquellos que separan el pensamiento liberal de la política, y los que unen ambos en un solo proyecto.

El otro tipo de discurso nace desde el movimiento rebelde de Túpac Amaru II, también a fines del siglo XVIII. Contrariamente a la explicación anterior, en esta vertiente se enfatiza que la nación la deben construir, para que sea auténtica, las clases oprimidas, desde abajo, desde lo más profundo del país. Sean reformistas, radicales o democráticos el punto de apoyo siempre estará en los desposeídos a quienes se les otorga generalmente virtudes ideales. Lo popular es lo nacional, se sostiene, todo lo otro sería apócrifo y superficial. Igualmente la política. Esta tiene que ser revolucionaria o significar cambios, y lo que el Estado establezca debe ser consecuencia de la acción de las masas, del pueblo, de las clases populares. Pero luego de la emergencia y derrota del senderismo en los años 80-90, la idea de la revolución para forjar la nación fue cediendo de a pocos para abrir paso a un planteamiento distinto: la nación peruana también se puede construir sin un momento radical (la revolución), lo que significa cuestionar la herencia de los años 20 aunque aún no se tiene claro cuál otra idea la reemplazará. La democracia es una posibilidad, pero no totalmente internalizada.

La nación peruana, desde la fundación de la República hasta la actualidad, ha ido ampliándose y enriqueciéndose, y en ese trayecto ha alcanzado nuevos grados de democratización. No obstante, sigue bregando dentro de la contradicción entre indiferencia y tolerancia por ampliar nuestra capacidad de percibirnos como partes integrantes de una misma colectividad en tanto ciudadanos, tolerando nuestras diferencias. Al respecto, considero pertinente enfatizar en la distinción siguiente. Tolerancia no es sinónimo de indiferencia; indiferencia es no interferir en lo que haga o deje de hacer el otro con tal que no me perturbe; tolerancia

es, como diría Pietro Barcellona, valorar al otro diferente por lo que es y brindarle un lugar en mi propia mesa. Esta debe ser la base moral de nuestra comunidad imaginada.

BIBLIOGRAFÍA INDICATIVA

- Adrianzén, Alberto (editor), *Pensamiento político peruano*. 1930-1968, Desco, Lima, 1990
- Adrianzén, Alberto (editor), *Pensamiento político peruano*, 1900-1930, Desco, Lima, 1987
- Anderson, Benedict *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993
- Aron, Raymond *El opio de los intelectuales*, Ediciones Leviatán, Buenos Aires, s/f
- Bobbio, Norberto *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Paidós, Barcelona, 1998
- Bourdieu, Pierre *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires, 2002
- Coser, Lewis A. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966
- Gonzales, Osmar *Ideas, intelectuales y debates en el Perú*, Universidad Ricardo Palma, Lima, 2011
- Gonzales, Osmar *Señales sin respuesta. Los Zorros y el pensamiento socialista en Perú. 1968-1989*, Ediciones Preal, Lima, 1999
- Gonzales, Osmar *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*, Ediciones Preal, Lima, 1994

- Gouldner, Alvin W. *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- Konrad, George e Iván Széleányi, *Los intelectuales y el poder*, Ediciones Península, Barcelona, 1981
- Löwy, Michael *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács, 1909-1929*, Siglo XXI, México, 1978
- Martín Sánchez, Juan *La revolución peruana: ideología y práctica política de un gobierno militar, 1968-1975*, Sevilla, 2002
- Maldonado, Tomás *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*, Paidós, Barcelona, 1998
- Sanders, Karen *Nación y tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana, 1885-1930*, Fondo de Cultura Económica, Lima, 1997
- Weber, Max *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1988
- Znaniecki, Florian *El papel social del intelectual*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944

Publicación virtual del
FONDO EDITORIAL DEL CENTRO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
Dirección de Investigación Académica
www.caen.edu.pe
Chorrillos, septiembre 2016

Serie de Charlas: “Perú: problema y posibilidad”

Este texto registra la conferencia magistral del 17 de agosto de 2016, en la que el doctor Osmar Gonzales Alvarado inauguró el ciclo de charlas Perú: problema y posibilidad del CAEN que busca motivar el debate sobre aspectos de nuestra realidad nacional, invitando a los mejores especialistas nacionales y extranjeros a exponer sobre un tema de su dominio. Estas charlas son abiertas al público en general, de manera que cualquier persona puede venir escuchar y dialogar con estos destacados investigadores.

Osmar Gonzales compartió algunas de sus ideas ante un público compuesto por personas que acudieron desde diversas universidades, o por aquellos inscritos en los diferentes programas académicos del Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN).

Editor: Gustavo Pastor



Centro de Altos Estudios Nacionales

Es la Escuela de Posgrado del Estado Peruano. Tiene como misión crear y difundir conocimientos en las áreas de Seguridad, Defensa y Desarrollo. Forja líderes identificados con la realidad nacional y con capacidad de formular propuestas de cambio que coadyuven al bienestar general y al fortalecimiento de la identidad nacional.



**FONDO
EDITORIAL**

Centro de Altos Estudios Nacionales
ESCUELA DE POSGRADO

